

VENCER AL EGO

"NO ERES MÁS QUE NADIE... Y ESO ES UNA GRACIA"

(Guion dramático espiritual con dos voces: el Ego y Jesús)

 [INICIO – tono profundo, firme, voz clara y grave]

(Pausa)

No eres más que nadie...

(Pausa larga)

Y nadie...

es más que tú.

(Pausa)

Dios no te puso en esta tierra para que te creyeras superior.

Ni para que vivieras compitiendo.

Ni para que buscaras títulos, reconocimientos o aplausos.

Te puso aquí para servir.

Para amar.

Para arrodillarte.

Para hacerte nada... para que Él lo sea todo.

 [ENTRA LA VOZ DEL EGO – tono seductor, altivo, desafiante]

¿Y por qué no?

¿Por qué deberías ser como los otros?

Tú sabes más.

Tú lo haces mejor.

Tú mereces que te escuchen.

Míralos...

¿Acaso leen como tú?

¿Acaso sienten lo que tú sientes al proclamar la Palabra?

Te lo has ganado.

Has servido más.

Tú sí tienes unción...

Tú sí eres espiritual.

¿Por qué ceder el espacio?

¿Por qué callarte si tú puedes brillar?

¡Tú no naciste para el anonimato!

Tú mereces estar adelante.

Mereces que te vean.

Y si no te lo dan...

haz que lo noten.

Haz que se den cuenta...

de que tú vales más.

 [IRRUMPE JESÚS – voz firme, con autoridad celestial]

¡BASTA!

¡Calla!

Esa voz... no es mía.

Tú, hijo... tú, hija...

¿Crees que vine a formar ídolos de carne?

¿Crees que vine a coronar a los que quieren ser el centro?

No.

Yo vine a coronar a los que se hacen pequeños.

A los que ceden,

a los que no necesitan ser vistos para ser fieles.

 [JESÚS CONTINÚA – más suave, como quien toca el alma]

Tú me dices que lees mejor...

¿Y acaso crees que eso me importa más que tu humildad?

Tú me dices que sirves más...

¿Y acaso no he dicho que muchos primeros serán los últimos?

Tú quieres brillar...

Pero si brillas con tu luz...

no estás dejando que brille la mía.

Yo no te llamé para competir.

Te llamé para amar.

No te llamé para que te escuchen a ti...

sino para que escuchen al Padre.

 [JESÚS – tono de corrección amorosa]

Tú te ofendes si no te aplauden...

Pero Yo fui despreciado.

Tú te molestas si no te miran...

Pero Yo pasé por el mundo sin atractivo.

Tú exiges ser reconocido...

Pero Yo me dejé colgar en silencio en una cruz.

¿A quién estás siguiendo, realmente?

 [EL EGO RESPONDE – furioso, dolido, agresivo]

¡No!

¡No puedes tener razón!

¡Tú no sabes lo que es vivir siendo ignorado!

¡Tú no sabes lo que duele tener que fingir estar bien!

¡Tú no sabes lo que es darlo todo... y que nadie lo vea!

Yo lo hice fuerte.

Yo lo empujé a no rendirse.

Yo lo hice valiente.

Y tú...

tú solo le pides que se calle,
que se esconda,
que desaparezca...

¿Dónde estabas tú cuando lloraba solo?
¿Dónde estabas cuando nadie lo entendía?
¿Dónde estabas cuando se rompía por dentro?

¡Yo lo abracé cuando nadie más lo hacía!
¡Yo le dije que valía algo cuando tú... tú no decías nada!

 [JESÚS RESPONDE – voz firme, suave y luego contundente]

Yo...
estaba en cada lágrima.
Yo...
era el silencio que lo sostenía.

Yo no lo abracé para inflar su orgullo...
lo abracé para que supiera que, aún roto... era mío.

Yo no grité...
porque estaba clavado por él.

Yo no lo exalté...

porque quería que aprendiera a amar en lo oculto.

Donde solo el Padre ve.

Donde se forman los santos.

Donde el alma se despoja...

y se hace trigo.

Pan.

Vida entregada.

Y tú...

tú lo hiciste fuerte por fuera,

pero débil por dentro.

Yo vine a hacer lo contrario.

A romper lo que tú inflaste...

y a sembrar en su lugar un corazón nuevo.

 [CONTINÚA JESÚS – tono de autoridad espiritual]

Tú hablaste como escudo,

pero fuiste una máscara.

Tú prometiste protección...

pero sembraste orgullo.

Tú lo hiciste comparar,

envidiar,

disfrazar su herida con soberbia.

Lo empujaste a esconder su dolor detrás de logros,

y su necesidad de amor... detrás de aplausos.

Eres astuto.

Siempre lo has sido.

Te disfrazas de fuerza,

pero no eres más que miedo con coraza.

Te disfrazas de identidad...

pero no eres más que una mentira repetida.

Yo no vine a negociar contigo.

Vine a deshacer tus obras.

A romper tus estructuras.

A liberar lo que encadenaste.

Y ahora...

ya no tienes más poder.

No porque él sea fuerte...

sino porque yo estoy aquí.

Yo soy la luz que revela.

Soy el fuego que purifica.

Soy la verdad que no se negocia.

Soy el Amor que no se deja chantajear.

 [EL EGO – susurro final, confundido, quebrado, luego grito]

No...

No...

No...

(susurro)

¿Qué me está pasando...?

¿Por qué me siento tan... vacío?

¿Por qué no puedo levantarme?

Yo era su fuerza...

yo era su escudo...

yo era su identidad...

(susurro más débil)

Yo era todo lo que tenía...

sin mí...

¿quién es él?

(voz temblorosa)

¡No puede ser!

¡Esto no es justo!

¡Yo no puedo desaparecer!

¡Sin mí... él no es nadie!

(grito desgarrador)

¡¡NOOOOOOOOOOOOOOO!!

(eco de desvanecimiento — y luego absoluto silencio)

 [VOZ DE JESÚS – suave, amorosa, victoriosa]

Ya está.

Ahora...

eres libre.

 [CIERRE DE LA REFLEXIÓN – tono sereno y profundo]

Jesús no vino a buscar a los perfectos...

ni a los sabios...

ni a los que sabían recitar textos.

Vino a buscar corazones pobres.

Dispuestos.

Vacíos de sí...

y llenos de fe.

Mira a María...

Ella no se impuso.

Solo dijo: “He aquí la esclava del Señor...”

Y por eso Dios la exaltó.

Porque el que se humilla será enaltecido.

Y el que se exalta... será humillado.

 (Palabras finales – tono suave, firme, con eco espiritual)

No eres más que nadie.

Pero ahora...

eres libre.

Y eso...

eso es una gracia.